

V FIESTA DE LAS LETRAS

Los Santos de Maimona, junio de 2025



V Fiesta de las Letras Los Santos de Maimona

Asociación Histórico-Cultural Maimona



V Fiesta de las Letras Los Santos de Maimona

V Fiesta de las Letras

Asociación Histórico-Cultural Maimona
Edita: Asociación Histórico-Cultural Maimona
Los Santos de Maimona. 2025

80 páginas
Editor: Ángel Bernal Estévez y José Soto Vázquez
Diseño de portada y contraportada: Eduardo Sánchez Galea
Créditos fotográficos: Jacobo Molina y Lucio Poves.

Impresión: Imprenta Unión-4, S.L.
Los Santos de Maimona (Badajoz)
Depósito Legal : **BA-000274-2025**

URL: www.ahcmaimona.com



EXORDIO

Es hermoso reparar en la riqueza de nuestro idioma, cómo se puede expresar lo que bulle en la cabeza, narrando en forma de prosa o rimando en métrica de verso con libertad de creación y con libertad de expresión.

Riqueza expresiva la de nuestro idioma, pero también riqueza significativa.

Tomemos como ejemplo una palabra que todos reconocemos cuando leemos un libro, lo que antecede, lo que inicia, lo que abre la puerta a un discurso, que habitualmente conocemos con el significante de Prólogo, que nosotros hemos querido, en las cuatro ediciones anteriores de la Fiesta de las Letras, denominar con sus sinónimos de

- Introducción
- Preliminar
- Proemio y
- Preámbulo

Y que ahora, por gusto y por placer, y porque aún podemos elegir entre otras acepciones, hemos elegido y titulamos Exordio, para querer decir siempre lo mismo.

Es maravilloso cómo el idioma, nuestra extraordinaria lengua, se contorsiona y se reproduce constantemente para ofrecer un mismo significado de diversos significantes.

Nuestros autores, participantes en esta V Fiesta de las Letras, han querido expresarse, unos en prosa, otros en verso y otros utilizando ambos recursos, para contarnos, salido de su imaginación o de su experiencia personal, lo que estaba enredado en sus musas y que gracias a esta iniciativa, ha podido tejerse en lienzo bien hilvanado de palabras, que nos cuentan esa historia que estaba allí, latente y deseosa de salir, pendiente de ver la luz, que nos hablan tanto de lo cotidiano como de lo sublime, de lo real o de lo imaginario, de lo mordaz o de lo amable, de lo religioso o de lo profano, en fin, un conjunto de colaboraciones compuesto por ocho relatos y seis poemas, que conforman este pequeño librito que encauza y contiene las ilusiones editoriales de sus autores.

Gracias a todos por colaborar con esta iniciativa de la Asociación Histórico Cultural Maimona, pues entre unos y otros, y con la ayuda inestimable de nuestros mecenas, hacemos posible convertir esos anhelos en una realidad tangible.

Ángel Bernal Estévez
Presidente de la AHCM

JUANITO Y LA BICI DE JOSELÓN

Esta es la triste historia de un niño, que su mayor ilusión y su sueño de cada día era poder tener una bicicleta.

Corrían años de mucha necesidad, y disponer de tal vehículo era como tener un coche en la actualidad. De hecho, en muchos casos la bici sustituyo al burro y a la mula como medio de transporte (digo esto último para que el lector se haga una idea de la importancia que tenía poseer dicho vehículo). Pues bien, la historia que hoy me ocupa tiene un trasfondo más espiritual que material; se trata de la relación entre una bicicleta y un niño de entre diez u once años.

Aquella pobre bici se preguntaba ¿Qué mal, qué delito habré cometido yo para verme así? En un cuarto oscuro, lleno de grano y patatas, y además llena de cadenas y candados. La pobre entró en un estado de apatía y depresión, hasta tal punto que sus cromados empezaron a oxidarse, sus engranajes y rodamientos se resecaron, hasta tal punto llegó su deterioro, que sus ruedas se desinflaron y agrietaron.

En tanto, ella en su abandono involuntario, soñaba con los días de gloria, cuando era útil para transportar personas y mercancías. Soñaba con los caminos polvorientos, con la velocidad y el ímpetu que se le imprimía para que corriera.

Hasta que un buen día cayó en la cuenta, que la causa de su prisión era un pobre niño que la había utilizado una sola vez.

Aquel pobre niño soñaba con el momento de que ella fuera libre, para hacerla correr por caminos y cañadas. El niño se asomaba por una ventana de rejillas, para poder ver a aquella pobre bici allí encadenada; al niño le brotaban dos tímidas lagrimitas al ver a su amiga en aquel estado; la pobre bici al ver al niño así parecía latirle su caja de pedales, como si de su corazón se tratara. Era tanto el deseo que el niño tenía de verla libre, de fundirse con ella, que no faltaba cada día a su visita a la ventana.

Así pasaban los días y la pobre bici languidecía, se sentía morir, sus oxidados hierros ya no tenían ganas de permanecer en aquel cuartucho oscuro, lleno de grano y patatas. Juanito también sufría y cada vez se asomaba con más frecuencia por la ventana de rejillas, esperando el momento de verla libre de sus cadenas, de tenerla para mimarla, engrasarla, limpiarla, salvar del óxido y la herrumbre lo que fuese salvable y, lo que no sustituirlo, en definitiva, devolverle la salud perdida en los años de cautiverio.

Hasta que, al fin, a causa de la incorporación de Juanito al mundo laboral, la bici se vio libre para poderle servir de transporte. ¡Cuan felices fueron ambos!, se les veía correr por los caminos, por los llanos del llano manchego, no había nadie más feliz que Juanito, tampoco había una bici más limpia, más reluciente, más contenta y con más ganas de correr. Por fin, los dos eran libres, los dos se daban el amor que les habían negado y es que tanto la bici como aquel niño estaban hechos el uno para el otro.

Aun en mi pensamiento veo aquel niño y a la bici, levantar una estela de polvo en la llanura manchega, ella desprendiendo destellos con sus relucientes cromados, el con su rubia melena al viento y sus azules ojos brillando de satisfacción y felicidad.

Juan Cano Rico

N. B: Quiero dedicar este cuento, para que en generaciones venideras luchemos por desterrar el odio y las envidias entre los miembros de una misma familia.

QUIERO VOLAR

No sé, si me encontraste
o te encontré,
como pajarillo herido
llegué a tus manos
me dejé curar...
me dejé querer...
cuando desperté,
me encontré
en tu jaula dorada.
No te harán daño,
no tendrás hambre,
no tendrás frío.
Vienes, me miras,
te miro, te vas.
Esta soledad mía
de compañero, sin compañía;
de agua, que no calma la sed;
de calor, que da escalofríos.
Quiero volar,
quiero perderme,
quiero encontrarme,
que el viento, me lleve
la lluvia me moje,
la noche me abrace,
el día, me salude.
-¿Mañana qué?-
Mañana no existe.
Hoy, es hoy.

Ana Montaña

UN CUENTO PARA ESTRELLA

Había una vez una niña preciosa llamada Estrella que, aunque nacida en Sevilla, le gustaba pasar sus vacaciones en casa de sus abuelos en Los Santos de Maimona. Estrella tenía 7 añitos y vivía mil historias en su cabecita, viéndose en todas las peripecias de los protagonistas de los cuentos de su abuelo. Ella lo escuchaba todo con mucha atención, y luego, ya sola, jugaba a que ella era la protagonista de los cuentos. Pero lo que más le gustaba de sus recorridos por los Santos era jugar en el Paseo de las Barandas y por los alrededores de la Parroquia, y así, de forma secreta, hablar con el niño de la fuente de la tortuga. Alex, que era como se llamaba el niño que estaba sentado en el caparazón de la tortuga, le había prometido que algún día la llevaría, montada en su tortuga, a ver todos los edificios importantes del pueblo; la subiría a las sierras y le enseñaría sus cuevas y escondrijos.

Una noche alguien llamó a la puerta de los abuelos. Todos los de la casa dormían y no se despertaban, por lo que fue Estrella quien abrió, encontrándose a su amigo Alex que la invitaba a montarse en la tortuga, ya que comenzaría a enseñarle todos los sitios y personajes de los que tanto hablaban cuando se juntaban. Así, y mientras la gente dormía, la llevó por todo el pueblo. El viaje era rápido pues la tortuga no se arrastraba por el suelo, sino que sus patas se convirtieron en alas y en solo un momento se encontraban en su destino. Estrellita salía de casa de los abuelos en pijama, pero al montarse en la tortuga su pijama se convertía en un precioso traje de princesita.



Después de volar por encima de las casas del pueblo, Estrella, Alex y la tortuga, se dirigieron a las afueras de Los Santos. Exactamente a la Ermita de la Virgen de La Estrella. Allí les recibieron dos jóvenes muchachos vestidos con antiguos trajes de pastor; él, llamado Andrés; ella Juana. Los pastorcitos les contaron la maravillosa historia de la aparición de la Virgen a ellos dos entre las ramas del Árbol Gordo. Y cómo por orden de la Bendita Imagen, se fundó una pequeña Capilla al lado de una fuente cercana. Y que, con el paso de los siglos, y por amor de los santeños, esa capilla se ha convertido en esta maravillosa Ermita donde hoy se sigue venerando a la Virgen María, bajo la advocación de Estrella. Los pastorcitos también le contaron muchas otras historias de Los Santos, del amor que profesan a su Patrona los Santeños, y de los favores y milagros realizados por Ella en beneficio de su pueblo. Después los pastorcitos, Estrella y su amigo Alex entraron en la Ermita a visitar a la Virgen de la Estrella y donde Andrés, poniéndole una estrella de plata en el vestido de Estrella, los despidió entregándole un libro que contaba toda la historia de la relación habida entre Los Santos de Maimona y su Patrona, la Virgen de la Estrella.

Volvieron al Pueblo y como ya estaba a punto de amanecer, decidieron que volverían otras noches a recorrer más sitios de Los Santos.

Muchas noches de ese año, y de otros posteriores, volvieron Alex y la tortuga a recogerla, volando de un sitio a otro del pueblo.

Y así fue, visitaron la casa Encomienda de la Orden de Santiago, donde saludaron a Angelita, prima de Alex y conocida en el pueblo como la Niña de las palomas. La Iglesia Parroquial, el Hospital de la Purísima, las casas que rodean al paseo de las barandas y otros sitios en las afueras del pueblo, como las

antiguas ermitas de San Isidro o la de Santiago. El antiguo lugar donde se fundó Los Santos, las antiguas minas de carbón, las Sierras de los alrededores y más sitios donde se cuentan más y más maravillosas historias de Los Santos de Maimona.

¡Gracias, y que Dios te bendiga, amiga tortuga! -exclamó Estrellita, mientras bajaba saltando hacia la puerta de su casa.

¡Gracias, y que Dios te bendiga a ti! -respondió la Tortuga-. ¡Yo te he prestado un servicio, y tú me has prestado otro a mí, pues sólo con una persona inocente sobre mi concha me son dadas las alas y las fuerzas para volar!

Cuando llegaba a casa de sus abuelos y Estrella entraba en la casa, nadie de ella parecía enterarse de sus aventuras.

Al llegar su décimo cumpleaños, la abuela Justy le hizo un regalo precioso a Estrella. Le entregó un traje de Princesita que había encontrado, “por casualidad”, en un viejo arcón del desván de la casa del pueblo. La abuela solo lo había lavado y planchado, y al probárselo le quedó perfecto. Y lo más bonito que tenía el traje era una Estrella de plata que colgaba de su pecho. Por el traje, y principalmente por la Estrella de Plata, Estrellita supo que aquellas maravillosas rutas por Los Santos no habían sido un sueño, que fue un auténtico viaje con su amigo Alex y la tortuga voladora.

El vestido era mágico y sin tener que arreglarlo, se lo ponía todos los años para su cumpleaños, hasta que cumplió los quince. Al llegar a esa edad, Estrella comprendió que tenía la obligación de cuidar mucho ese traje de Princesita. Que debía reservarlo hasta que, siendo ya mayor, se lo pudiese entregar a otra Princesita para que, acompañada de Alex, pudiese volar a

lomos de la tortuga voladora hacia el mundo de los cuentos de Hadas.

Ángel Moreno Serrano

ESPUMA ESPUMITA

Legó el momento del ingreso en el hospital para hacerme un arreglo, bien aseada, bien duchada, y bien limpia, me acomodé en la habitación y a esperar que anocheciera para acostarme, pues por la mañana me intervendrían.

Aquella noche dormí, como se duerme en los hospitales, más bien nada.

Me levanté temprano y por supuesto, como era natural, volví a ducharme a conciencia y me dije, ya estoy lista y preparada para el quirófano, dicen que soy la tercera, ahora a esperar en ayunas a que vengan a por mí, cosa que me daba igual, pues el comer me producía dolor.

No había acabado de pensarlo cuando llegó la auxiliar con un nuevo pijama y con una esponja especial para el quirófano.

-Toma, dúchate y ponte este pijama,

- ¡Ya me he duchado!

-Pues... tienes, que volver a lavarte otra vez con esta esponja. Es obligatorio. ¡Otra vez a la ducha! ¡A volver a pasarme por todo el cuerpo la esponja y embadurnarme de espuma, que no se diga que la gente de Los Santos no nos lavamos!

Después de dos remojones, allí estaba yo sentada en el sillón más reluciente que la lámpara de Aladino como si hubiese usado el milagrito.

Y como decía Sara Montiel: fumando espero... Yo esperaba, pero sin fumar y como dice Sabina, y me dieron las diez y las once, las doce... y el camillero no llegaba.

La una, las dos... y allí nadie llegaba yo con los nervios, de orinar, no me levantaba, y de lavarme no paraba, la esponja se quedó sin espuma y entre no comer y no dormir allí estaba yo delirando. Espuma espumita, dónde estarás, Dentro del Guadiana, camino de Ayamonte, en el mar, vas a desembocar.

Y yo aquí, esperando, y esperando y a todo esto sin poder hablar.

A las tres de la tarde se me presenta el médico con una cara de cansado; con unas ojeras más grandes que las mías; estuve a puntito de decirle, acuéstese un poco en mi cama y descanse.

-María, lo siento, ha habido una incidencia y la operación la dejaremos para pasado mañana. Puedes elegir, irte a tu casa o quedarte.

-Elijo ir a casa.

Llego a casa, y antes de acostarme, me lavo, y me acuesto.

Me levanto al alba y por supuesto me vuelvo a duchar para volver al hospital. Otra vez reluciente como unos zapatos de charol, lista para irme. A eso que llaman al timbre, salgo y allí no hay nadie, salgo a la calle, miro y nada, no veo a nadie, me doy la vuelta y allí, en medio de la calle, aterrizo toda lo larga que soy, ¡mi carita!, ¡mi carita!, tirá en el suelo, oliendo a pipí de perros, tan limpitita como yo estaba. Y eso que tuve suerte

de no caer encima de un regalito. Mis manos y mis rodillas ensangrentadas, me puse como un Cristo. Siento un gran dolor en las rodillas, cojeando y llenita de tierra por todos lados, vuelvo a la ducha a lavarme otra vez a quitarme el olor del pipí y la tierra de mis rodillas que estaban incrustada. Más de media hora lavándome de nuevo. Pensando, ¡como se entere Siro! me clausura el contador del agua.

Vuelvo al hospital e ingreso, me acuesto, me levanto temprano, y a esperar la esponja mágica del quirófano, esta vez estoy programada la segunda, ocho y media de la mañana llega la auxiliar con la ropa y la esponja del quirófano, la cojo en mis manos para ir ducharme, a eso que me llaman por teléfono.

-María ¿Qué tal has pasado la noche?

- Bien,

-Oye, ¿te viniste al pueblo?

-Sí, ¿Y a qué viniste?

- ¡A caerme, hija, a caerme! Si vieras cómo me he puesto. Ahora de que me vean los médicos dirán, a María la tenemos que operar muy bien que ha estado de rodillas haciendo sacrificio toda la noche; de pronto, la puerta se abre, el camillero allí, pienso ¡Tierra, trágame!

- ¡María!

Tímidamente, como una niña en su primer día de clase, levanto mi mano, -soy yo.

-Venga, que nos vamos.

- ¿A dónde?

-A quirófano,

- ¿Por qué, tan pronto?

- ¡Ha fallado la primera!

-Venga, vamos que te están esperando.

Sin lavar, sin peinar, sin orinar. Le digo, - un momentito que me voy a poner el camisón que acaban de dármelo. Me entro en el aseó. Pienso, “yo así sin orinar, no me voy a quirófano”.

Me digo, mientras que orino, puedo ir pasándome la esponja. Mojo la esponja me la voy pasando por la cara, orejas, cuello, la enjuago, sigo refregándola por el cuerpo, axilas, a todo esto, orinando, parecía que quien orinaba era una vaca. El camillero esperando en la puerta, me miro en el espejo, y estoy llenita de espuma. Espuma por la cara, espuma por las orejas, los labios, el cuello, el ombligo, los dedos de las manos, los dedos de los pies. Parecía una olla de garbanzos antes de despumarla. Mientras más enjuagaba la esponja, más espuma salía, parecía que estaba en la fiesta de la espuma, yo nerviosita. Creo que hasta orinaba espuma. Me pongo el camisón toda llenita de espuma y chorreando de agua, parecía un arbolito de navidad de una película de Nueva York, me digo: por lo menos, oler voy a oler bien.

Camino al quirófano, iba como si estuviera jugando al pin pon con la espuma, ahora levanto un brazo, ahora levanto el otro, todo esto intentando limpiarme y secándome la cara y cuello, el camillero, ¡María, no saques los brazos, junta las manos! Las manos se me pegaban de tanta espuma, parecía que estaba haciendo perrunillas y necesitaba más harina, en un momento me digo, y esto qué es, la esponja entre la sábana.

- ¿y ahora qué hago yo?

Otra vez el camillero.

- ¡María! no saques los brazos.

Llegamos a la planta del quirófano, se abre el ascensor, a eso que se me acerca un familiar y me digo: ésta es la mía, - toma, toma un regalito, y le doy la esponja. Llego a la sala de preparación. Me rodean auxiliares, enfermeros, médicos. Yo veía a medio hospital allí y pensando: ¡qué bien os lo vais a pasar conmigo! ¡ya veréis, ya veréis! cuando me pinchéis y empiece a salir burbujas por todos lados... A ver quién de vosotros hace la pompa más grande y gana el primer premio.

-María, ¿sabes que tienes que colaborar con nosotros? Cuando te despertemos tienes que contestar, si sientes o no. Tu colaboración es muy importante, sin tú colaboración no hacemos nada. Ahora te dormimos, después te despertamos y nos contestas lo que te preguntemos.

- Asiento con la cabeza, sí.

Me duermen. De buenas a primera escucho una voz muy lejana ¡María!, ¡María!, ¡María!

-Sííí, aquí estoy en mi casa quitándome la espuma.

- ¿Sientes algo María? ¿Sientes algo?

-Sííí. Ahora mismo voy, me esta ayudando mi sobrina que es médico, a quitarme la espuma espumita.

María Llerena Llerena

Por cierto, la operación todo un éxito. Desde aquí felicito a ese gran equipo de profesionales que tenemos en el hospital Universitario de Badajoz. A mi médico, "el doctor Mondragón", y a todo el equipo de neurocirugía.

FÁBULA DE LA MEGACIUDAD Y DEL ÁRBOL QUE ESTABA SOLO (DISTOPIA VEGETAL)

En una megaciudad
se encontraba un árbol solo
(él con la dicha soñaba
fresca y frondosa de un soto).

Allí lo habían plantado
como caprichoso adorno;
sufría cada vez más
del hormigón el acoso.

El árbol buscaba el sol
y no lo hallaba angustioso:
junto a enormes rascacielos,
se le quedó enano el tronco.

La riqueza vegetal
los humanos orgullosos
de tal urbe repudiaban;
tenían ese árbol sólo.

Olvidaron que las plantas
dan oxígeno precioso,
el cual, unido al hidrógeno,
cuaja en agua: oro biótico.

De llover dejó en la urbe
donde estaba el árbol solo;
si legión hubiera habido
de árboles, qué pluvial gozo.

Se secaron, por la falta
de lluvia, ríos y arroyos.
Ni podían las personas
llorar; por sus secos ojos.

Éstas la última agua
repartieron. Sorbo a sorbo
la bebieron, no ofreciendo
gota alguna al árbol solo.

Rehusó crear nubes líquidas,
en su añil vientre vidrioso,
el cielo durante lustros;
la tierra olvidó ser lodo.

Huyeron los habitantes,
lentamente, unos tras otros,
de la ciudad donde estaba
aquel árbol, que era un olmo.

Con su tronco consumido,
ya casi espectro leñoso,
vio morir sola a la urbe
(a par de él) el árbol solo.

Si el vital espacio hurtamos
a las plantas, ambiciosos,
como la ciudad seremos
que tenía un árbol solo.

Juanfran Fernández Pérez

LOS PRETÉRITOS IMPERFECTOS

Por el tiempo de los repones y de las billardas, nos contaron en los recreos cómo iba a pasar, y así pasó. Nos explicaron que había que esperar al calor del final del curso, y esperamos. Nos dijeron que, para que se produjera el encantamiento, el sol tenía que entrar de lleno por los ventanales de la clase, y a mediados de junio entró a chorros. Y nos advirtieron que, para que don Rafael atendiera a nuestros ruegos y nos contara las historias de los pretéritos imperfectos, se le tenía que hinchar la boca y se le tenían que manchar los sobacos con lamparones de sudor, y en una mañana de calima en la que jadeaban hasta los gallos de las veletas, por fin, se le encharcó la camisa y se le inflaron los labios.

Por entonces yo tenía casi catorce años, la seguridad ilusoria de los ignorantes y la creencia de que ya sabía todo lo que necesitaba para vivir, todo, menos mi pretérito imperfecto. Por ese tiempo, don Rafael Gamero no tenía edad definida, y aunque los años le habían caído con tanto desorden que parecía un trastero arrumbado, era capaz de mirar por las cerraduras de las puertas del futuro y de contar el pasado como si viniera de allí. Don Rafael sabía ir y venir por el tiempo, y aunque en invierno se escondía detrás de los afluentes del Guadiana, detrás de la tabla periódica y entre los versos de la generación del veintisiete, cuando el sol de aquella mañana de junio le dio de frente, la coraza de maestro gastado se le hizo tan traslúcida que fuimos capaces de ver al hombre que llevábamos esperando desde principio de curso.

Y a media mañana, cuando se empezaron a derretir las velas del altarcito del fondo de la clase, don Rafael Gamero se

quitó su rebeca y la máscara de maestro del Movimiento Nacional, y entonces le vimos los cercos de sudor en los sobacos, y entonces nos dimos cuenta de que se le había hinchado tanto la boca que le tuvimos que dar cáscaras de pepinos porque ya no le cabían dentro todos los pretéritos imperfectos. Con la cara con emplastes de peladuras, en camisa y con un sol de vinagre entrando por los ventanales del aula, don Rafael borró la pizarra, esperó a que la tinta china perdiera su espesura y, con la excusa de que los cuadernillos se nos iban a llenar con un sarampión de lamparones, enterró las raíces cuadradas, suspendió los dictados con haches intercaladas y, por fin, y después de un año de espera, nos dijo que la única fórmula que tenía de cambiar el futuro era remover el pasado.

Hacía un año que esperábamos a que a don Rafael se le alisara el carácter, a que se le esponjara la voz y a que diera un salto mortal en el tiempo para contarnos esas historias que llamaba los pretéritos imperfectos. Lo esperábamos con ansia, pero no solo porque desde allí se adivinara un poco del futuro, sino porque aquellas historias estaban llenas de nosotros, tituladas con nuestros nombres y guiadas por nuestros sueños. Eran historias en donde nosotros éramos los protagonistas, eran nuestras historias, sí, pero con la particularidad de que en ellas no aparecíamos como éramos, sino como seríamos dentro de treinta años.

Y cuando empezábamos a asfixiarnos de calor y de impaciencia por ver cómo íbamos a ser de mayores, señaló con el dedo y contó que, a Guillermo Canseco, que siempre quiso ser torero pero que nunca quiso saber de puntos cardinales ni de desembocaduras de ríos grandes, lo iba a sorprender el futuro una tarde trabajando en un taller mecánico de carretera. Nos dijo que estaba sin afeitarse, fumando y tan cansado de soledades y de tornillos que, cuando pasaron las turistas francesas para decirle

que estaban buscando a alguien que les ayudara a encontrar los toros de Osborne, se arrepintió tanto de no saber de mapas que se pasó años haciendo chicuelinas con el humo del tabaco para torear su decepción. Y luego, y antes del recreo, don Rafael nos contó que Diego Salazar, que en las vísperas de las fiestas mayores se subía a zapatear en los pilones de los pilares, iba a querer ganarse la vida como cantaor, pero que, aunque se desgañitara, aunque se reventara la garganta y aunque fundiera las bombillas de los teatros cantando las miserias de la “Zarzamora”, como no quiso saber nada de Lorca ni de Hernández, se iba a inflar de llorar en los camerinos por no ser capaz de entender por qué lloraban los espectadores. Y a Luis Galindo, que aunque siempre supo en dónde estaban escondidos los riñones, para qué servía el bazo y cómo se curaba la tosferina, le dijo que si seguía esquivando al mundo iba a tardar tanto tiempo en aprender a relacionarse que, cuando descubriera que todos los hígados estaban en el mismo sitio, que los virus no sabían de clases sociales y que el cuerpo de los pobres funcionaba de la misma forma que el de los ricos, ya tendría tres hijos, el trabajo heredado de su padre en una finca perdida en mitad de la dehesa y una vocación frustrada pinchada en el centro mismo del arrepentimiento.



Y así, engatusados por un enorme truco de magia blanca y dando un salto de treinta años en el tiempo, don Rafael engordó a algunos, le arrugó la cara a otros, melló a varios, quedó calvo a muchos, nos hizo padres a casi todos, y sin que nos diéramos cuenta del engaño, nos enseñó el futuro cuando el pasado todavía tenía remedio. Y cuando estaba contando que era más fácil soñar de joven porque el tiempo de los niños iba más despacio que el de los viejos, me miró como si fuera un plástico traslúcido y me dijo que mi pretérito imperfecto era el menos pretérito pero el más imperfecto de todos. Entonces, y cuando yo esperaba que me hablara de Dios sabe qué cosa de un futuro lejano, dio un saltito en el tiempo de solo quince días y me contó que, la mañana de junio en la que cumpliera catorce años, me iría de la escuela pensando que era una escombrera en donde se echaba lo que no servía para nada. Me dijo que me iría con la impaciencia atravesada por las muchas inutilidades que él me metió a calzador y a palmetazos, y sin saber qué hacer con los sintagmas nominales, sin querer usar las ecuaciones de segundo grado y sin escuchar las escalas musicales, me contó que me escaparía por un ventanal arrastrando la cartera y la creencia de que las certezas de ese día también serían mis certezas de mañana.

Me dijo que llegaría a la era de los cortinales remangándome la camisa para que se me vieran los primeros brotes de hombre, y que, renegando de todas esas cosas que no encuentran sitio en el presente, me presentaría entre balagueros y montoneras de paja para decirle a mi padre que me importaban tres leches que no hubiera peces en el Mar Muerto, que el número Pi fuera infinito y que los serventesios fueran endecasílabos.

Don Rafael me miró a los ojos y me contó que los padres que no tuvieron ninguna escuela que abandonar, se

embadurnaban el corazón con melaza porque, para ser algo importante en la vida de sus hijos, no les quedaba más remedio que ser padres entregados. Me dijo que, por eso, cuando me viera en medio de los pastos ardientes, con el brillo de la paja quemándome los ojos y aspirando el aire turbio de la era, le daría tanta pena que me entregaría lo único que tenía de valor: su pasado. Y fue entonces cuando me dijo en el oído, que mi padre me trataría con tanta delicadeza que me escondería la manteca para que los cabos de las horquillas me despellejaran las manos, que me negaría su pañuelo del cuello para que la calima me cuarteara el tostúo, que me pondría contra el viento para que me comieran los picores del polvo y que, para que supiera lo mucho que me quería, me desataría los pernils de los pantalones para que las pargañas se me pincharan en las verijas. Y al final del día me explicó que, como no sabrá hacer otra cosa que desvivirse por mí, mi padre me aventaría pasto a la cara para que la era me amargara la boca, pondría el agua al sol para que no se me curara la sed, me avinagraría el gazpacho para que se me encogiera el estómago y me trillaría el sombrero de paja para que el sol me ablandara las certezas. Y un poco después de que sonara el timbre, cuando ya solo estábamos los dos en clase, don Rafael Gamero acabó diciéndome que mi padre me seguiría tratando con el mismo mimo, con la misma ternura y con el mismo tacto hasta que me diera cuenta de que aquella era su manera de contarme mi pretérito imperfecto, y que, por consejo suyo, lo seguiría haciendo hasta que entendiera que alguien tenía que seguir contando en la escuela los pretéritos imperfectos de los niños del futuro.

Joaquín Ortiz Ortiz

MI SEMANA SANTA EN LOS SANTOS

He de confesar que siempre me impresiona en el inicio de la primavera, la celebración de la Semana Santa con la eclosión de imágenes por nuestros pueblos y ciudades; el olor del incipiente azahar, el color del lirio, la cera, el redoble de un tambor; los susurros de las zapatillas costaleras... Una marcha procesional... La saeta, el respeto a un Cristo crucificado, la dulzura de la cara de una Virgen... Un cirio encendido. Un sentimiento que es consustancial con la naturaleza humana: recibir sensaciones a través de los impactos que reflejan esas imágenes que se nos aparecen como auténticos seres humanizados por las calles y plazas de nuestro pueblo... Sentimientos de alegría por un Cristo en una borriquita con aspecto de burrillo de Platero... De reflexión en la soledad de un Cristo orando en el huerto de Getsemaní... El trallazo emocional de un Cristo azotado y amarrado a una columna o el de impotencia por la mofa de los que hicieron cautivo a todo un Dios.

Sensaciones que afloran en la representación plástica del encuentro de un Nazareno con su madre, la Virgen... Un retrato éste que lleva aparejado, junto al mensaje de María como mediadora hacia Cristo, otro más directo del momento de la Pasión que recordamos: dos corazones rotos, el de la Madre y el de su Hijo condenado a morir en la Cruz que lleva sobre su hombro.

Son las impresiones que uno quiere vivir en la Semana Santa frente a un severo Cristo crucificado o a una urna en la que se guarda al Señor amortajado.... Una Semana Santa que no tendría sentido sin la figura triunfante de nuestro Cristo

Resucitado, que murió por arrancar nuestras culpas, pero resucitó y subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre.

Es ésta la gran noticia que debemos resaltar de esta celebración y de aquellos hechos ocurridos hace más de dos mil años y que siguen estando vivos.

La noticia del Cristo que resucitó, la noticia del mensaje plasmado en los Evangelios.... La noticia, en fin, de su ejemplo sublime al morir en una Cruz por la salvación de la humanidad.

Los *reporteros* de aquella Pasión y muerte vivida por Cristo, no hubieran resaltado el número de latigazos que recibió Jesús, ni las negaciones de su apóstol Pedro, ni al Cirineo o la Magdalena. La gran noticia que resaltarían todos los noticieros, la transcendental, haría referencia a que aquel Nazareno al que llamaron el Rey de los Judíos, era realmente el Hijo de Dios. De haber existido los periódicos, y como resumen de aquellos sucesos, nos hubiésemos despertado con un titular a cinco columnas y en letras muy grandes: ***“Cristo ha resucitado de entre los muertos”***. Y esa debe ser la gran noticia que nos siga moviendo a los cristianos en las celebraciones en Semana Santa.

En este breve poemario se reflejan esos sentimientos que se viven muy especialmente en la **Semana Santa de Los Santos**, parecida a todas, distinta a todas y con personalidad propia.

Palmas

Luz del Domingo de Ramos
palmas cantos
y jóvenes con costal,
trabajando bajo un paso ...

Es mañana de alegría
con un Cristo que ha llegado
para anunciar su Pasión
y arrancarnos el pecado

Es mañana luminosa
de joven ilusionado
por un *colega legal*
que a pulso se lo han ganado

Palmas olivos
costal zapatillas
cofradieras,
compromiso de verdad
en la juventud santeña

Y en la noche ... La oración
El cáliz... La luna en vela
y un Cristo en el olivar
con la duda de la espera



Aires del “Amarrao”

Huele a romero y a esparto
en el dintel del “Perdón”,
Cristo aparece despacio
delante del centurión.

Cuatro faroles de plata
hacen guiños a la noche;
los capirotos de nácar,
se ordenan,
y en los balcones
-cuando pasa el “Amarrao”-
hay susurros de oraciones.

Yo quisiera ser columna,
para sujetar tus manos
y aliviar los sufrimientos
de un Jesús,
tan ultrajado,
que se retuerce en la noche
a golpe de latigazo.

Las sombras entre las calles
hacen muecas en Los Santos
y en la cal de sus paredes
se detiene, a cada paso,
la de un Cristo que se encorva,
roto por nuestros pecados

Es el Cristo de la Sangre,
es Jesús el Amarrado
y su Madre, la Amargura,
llanto de ...amor, negro manto.

Encuentros

Saetas a la Esperanza,
verde y plata en el encuentro;
alba la flor,
y en el pecho,
un apretado lamento
que en los Santos es Amor

En la Plaza, en Vistahermosa,
en la encrucijada blanca,
bajo palio ... La Esperanza
nos arranca una oración

Sueño con ser costalero
de esa Virgen de Esperanza
y apretarme a su costero
y sentir en mi garganta,
la emoción de tres encuentros
y el gozo en la leve carga.

Saetas al Nazareno
morado y plata al “encuentro”
roja la flor,
y en el pecho...
un apretado lamento
que en los Santos es Amor.

En la Plaza, en Vistahermosa,
a paso de costalero,
es Jesús el Nazareno
quien arranca una oración.

Sueño con poder llevar
en mi hombro al Nazareno
ese Cristo tan sereno
que en los Santos es Amor.

En la cruz

Un viernes de madrugada
-la puerta de par en par-
me encontré con una cruz
tremenda ...donde Jesús,
acababa de expirar.

Silencio de cofradía.
Silencio de penitente.
Un silencio de agonía,
vivo retrato de muerte.

En una calle escondida
del murmullo de la gente,
una mujer enlutada
ante ese cuerpo presente-
se ha postrado de rodillas
repitiendo en voz silente:

¡Señor de misericordia!
¡Oh, Dios que todo lo puedes!
refuerza mi pobre Fe
y no volveré a ofenderte.

¡Cristo de Misericordia!
Verte así ...cuánto me escuece
¡qué tremenda es tu lanzada!
¡Oh, Dios!
tu muerte, cuanto me duele.

Soledad

Luto de Madre callada
luz de velas...
y en su cara,
los jirones de belleza
se entristecen con las lágrimas.

La soledad de María
sobrecoge... atenaza.
Su pena a mí me conmueve
¡Qué hermosura en su mirada!

¡Cuánto amor hay en sus manos!
¡Cómo me palpita el alma!
Virgen de los Dolores,
Madre de Dios enlutada
derrama en mi corazón...
el bálsamo de tu gracia.

Luz de Pascua

Jesús ha resucitado
Luz de Pascua...aleluyas.
El domingo nos libera,
de todas las ataduras.

Y con el sol, una Imagen
que es reflejo de la vida.
Jesús el Resucitado,
Luz de Pascua...La Alegría.

Un niño de ojos muy grandes,
ha madrugado este día,
y se mira sorprendido,
en ese Dios que sostiene,
la bandera de la Vida.
el triunfo sobre la muerte.
Luz de Pascua... La alegría.

Lucio Poves Verde

TIERRA DURA

En esta tierra dura de Extremadura donde nos arrugamos del trabajo y el frío como los troncos de esos olivos que han visto generaciones de hombres y mujeres que han malvivido.

Donde las tierras están llenas de alambradas y paredes de frías piedras, que nos impiden coger ni siquiera un espárrago triguero para con una tortilla darle algo de comer a nuestros hijos.

Donde se prefería ver los cuernos de un toro, al tricornio negro de los que guardaban solo a los ricos.

Hacer la maleta con cuatro trapos y un suspiro, decía el padre al hijo.

Iros lejos donde haya otros ricos pero que den trabajo y salarios justos, aunque el sufrimiento solo cambie de destino.

Aquí solo miseria y reverencias al rico, qué pena de mi tierra que, aunque quiero, no olvido...

Virgilio Ramos Muñiz

EL PROGRESO EN LOS SANTOS

Voy a contar un poco de historia de cómo han ido las cosas progresando desde el año 1950 hasta el año 2025.

No había agua corriente en las casas; había que ir por agua a los pilares. Las mujeres iban al Pilar de Vistahermosa con dos cántaros: uno, en el cuadril, y otro, lo traían en las manos. Los zagales, con sus madres, al delantal agarrados, venían con una pelota de trapo que casi todos traían. Otras mujeres, forasteras, que venían a la vendimia, lo llevaban en la cabeza y nunca se les caía, con solo un rosque que se ponían en la cabeza.

¡Qué bonito aquel Pilar y qué agua clara y fresquita tenía!

De muchacho, yo era pastor y muchos días pasaba por delante del cortijo de la finca que estaba casi pegando a la linde donde yo me quedaba, y había un guardia que era de Ribera del Fresno.

Lo veía haciendo cestos de mimbre y le dije un día: “Me gustaría aprender a hacer cestos”. Y me contestó: “Te vienes por las tardes un rato y yo te enseño”. Así lo hice. Fui unas cuantas tardes y aprendí; pronto le cogí el truquillo y, hoy día, todavía hago algunas cestas y cestos. Como aprendí, me dio por coger vilortas de olivos. Hice un cesto grande que me salió bien, y me lo traje para el pueblo, a casa.

Cuando lo vieron las mujeres, le dicen a mi madre: “¿Quién hace los cestos?” “Mi hijo los hace”. “Nos tienes que

hacer uno para llevar la ropa a lavar.” Porque, como no hay lavaderos, iban a lavar al arroyo María Gordillo, donde había una fuente. También al Pilar del Chapín, o a las huertas, porque para lavar la ropa hace falta mucha agua.



Al poco tiempo, mandó el alcalde hacer dos lavaderos: uno, en la Fuente Garrafa, y otro, en El Pilarito. Ya no tenían que ir lejos a lavar la ropa. Después de los lavaderos, a los pocos años, pusieron el agua por las casas y ya lavaban en casa, porque ya tenían agua. Al poco tiempo vinieron las lavadoras; ponían su lavadora y se acabó el trabajo de lavar la ropa a mano. Cada vez iba la cosa mejor. Se acabaron los lavaderos.

Para la vendimia no había esportones de goma, y vendimiaban con cestos de mimbre. Hice muchos cestos para la vendimia y los vendía todos, y sacaba mis perritas para la Feria y la Fiesta de la Virgen de la Estrella.

Bicicletas no había; por los años 50 empezaron a venir. Vinieron los hermanos Bermúdez, que eran andaluces; pusieron un comercio en Vistahermosa y, en poco tiempo, se llenó el pueblo de bicicletas. Los jornaleros ya iban en la bicicleta a trabajar; echaban menos tiempo en el camino que con los burros. Con las bicicletas, fueron desapareciendo los burros, hasta no quedar ninguno.

Las aceitunas, cuando se cogían, se traían en los burros, dos sacos en cada burro. Pero hicieron carros y las traían en ellos con las mulas. Entonces vinieron los esportones de goma para vendimiar, y se acabó de vendimiar con esportones de mimbre.

Vino un hombre de Campanario que hacía serones de esparto para los burros, que, a las hortelanas, para llevar las hortalizas a vender a la Plaza de Abastos, le venían bien porque hacían mucho. Para labrar la tierra era con mulas y las cosas se llevaban en carros. Se sembraba a mano y se segaba con hombres. Con el tiempo, vinieron unas máquinas para sembrar que iban tirando las mulas. Cuando vinieron las máquinas segadoras, que iban haciendo haces y los quedaban atados, empezaron a venir los tractores y unas máquinas que sembraban a voleo.

Se trillaba en las eras con trillos y las mulas. Como ya había tractores, se araba con ellos, y las mulas iban desapareciendo. Luego vinieron unas máquinas trilladoras, que en las eras se hacían pilas de haces que trillaban y limpiaban, y cada vez, más adelantos. Ahora ya están las cosechadoras que van a las tierras y siegan y limpian. Como las eras se acabaron, ya no se hacía paja. Vinieron unas máquinas que hacen alpacas del pasto y dejan las cosechadoras. Así se coge la paja para el

ganado. La cosa, cada vez más avanzada. Iban desapareciendo los burros y las mulas.



Hoy día, hay muchos coches y motos. Empezaron a venir las motos que se llamaban ciclomotores; todos los jornaleros se iban haciendo de uno. Como eran ciclomotores no se necesitaba carné, sólo una licencia para conducirlos. Los compraban a plazos; así los pagaban porque no había dinero para pagarlo junto y ya iban en las motos a trabajar. Al poco tiempo, empezaron a venir coches de segunda mano de Barcelona, que los traía el de la Opel, y no valían mucho, y también a plazos los iban comprando. Cada vez la vida iba mejor.

Las aceitunas se vareaban en los olivos y se cogían del suelo a mano. No se conocían las redes, hasta que llegaron estas. Se cogían más aceitunas y a menor trabajo. Unos años después, se inventaron unos vibradores con un motorcito, y era mejor: lo vareaban con los vibradores.

Ahora vamos a hablar de otras cosas.

Por los años 50 a 60, vinieron misioneros y hablaban en varios sitios del pueblo, en naves grandes que les dejaban. Sólo hablaban cosas de religión. Al final, en los últimos días, confesaban en la iglesia y confesaban bastante gente. Quedarse se quedaban en casas de los más ricos del pueblo; solían estar en el pueblo unos 15 o 20 días cada vez que venían.

El camino para ir a la ermita de la Virgen estaba de tierra. Como se quedaban en casas de los más ricos, pidieron dinero para poner adoquines en el camino. Con lo que les dieron, pusieron hasta la mitad del camino y, al final de lo que pusieron del camino arreglado, una lancha cuadrada, con sus nombres y año: Padre Valvanera y Padre Pachón.

La piedra se ha ido desgastando de tantos coches que pasan. Están los nombres de los misioneros y el año casi borrados. Y después, con el tiempo, la Cofradía y el Ayuntamiento, una vez, un año, un trozo de camino; otro trozo, otro año, hasta llegar a la ermita. Cuando el camino estuvo arreglado, la Junta de Extremadura ha arreglado los acerados de los lados del camino.

En los años 60, aproximadamente, por las fiestas de la Virgen, las cantinas que había estaban hechas con cuatro palos clavados en el suelo y un telón de lona de los que se usaban para llevar la uva en los carros; algunos hasta con algo roto. La luz

era una sola bombilla en cada cantina que alumbraba poco. La corriente estaba muy escasa. El antepatio estaba de tierra, y hoy está alquitranado; cacharritos para los niños sólo venía uno. Hoy, es como en una feria: vienen varias atracciones, porque la Virgen tiene más terreno. Hoy tenemos unas carpas bien grandes, y un buen alumbrado que se ve como de día. Y si es el Patio, es una maravilla el alumbrado.

Y estas son algunas de las cosas que han cambiado en el pueblo en las últimas décadas.

Jacobo Molina Carvajal

LA OVEJA NEGRA (FÁBULA DE UN TIEMPO ANTIGUO)

(Dedicada a los que son diferentes y, por este particular motivo,
los marginan los demás)

Negra era como la pez
cierta oveja de un rebaño
(sólo ella), aunque ni una vez
a las demás hizo daño.

Pues por tan simple nonada,
las blancas, supremacistas,
la tenían marginada:
se jactaban de más listas.

La de color diferente
obraba a libre albedrío;
si las blancas en la fuente
bebían; ella, en el río.

Si las blancas en la sierra
pastaban, al valle en flor
la negra huía, y la guerra
le declaraba el pastor.

Con la honda, por sorpresa,
le atizaba una pedrada.
Gracias a su lana espesa,
no hacía al animal nada.

Junto al rebaño vulgar
regresaba al momento
la ausente, más sin mostrar,
tras el castigo, escarmiento.

Consumaba tan campante,
del resto, otra partida:
iba detrás o delante,
con su sombra confundida.

Cuando el grupo, por error,
algún sembrado invadía,
el mastín (can del pastor)
a la negra antes mordía.

Llegó una noche a ocurrir
que el perro, ebrio de rijo,
dejó el redil por cubrir
a la perra de un cortijo.

Noche era de cierzo helado
hora de mala fortuna;
el rebaño abandonado
quedó y no había luna.

Ciego de sexo el mastín,
en un cepo fue a caer
para lobos: torpe fin
tuvo su afán de placer.

Vino la hambrienta manada
lobera al franco aprisco.
¡Cuánta caza!; y riesgo, ¡nada!
¡Buen plan mordisco a mordisco!

Los lobos, rota la valla,
se lanzaron a degüello
-las fauces como cizalla-
contra cada ovino cuello.

Balidos daba el ganado
teñidos de rojo horror.
En su choza, confiado
del can, dormía el pastor.

Hecha un ovillo en sí mismo,
contra un rincón, si balar,
se pudo, por mimetismo,
la oveja negra salvar.

Con la noche camuflada,
su oscura masa oportuna
ni sufrió una dentellada
de la jauría lobuna.

A veces, entre nosotros,
el marginado se alegra
por estimarlo los otros,
del grupo, la “oveja negra”.

Juanfran Fernández Pérez

LA MALDICIÓN

Aquella fatídica tarde, negros nubarrones

cruzaban amenazadores el cielo y vislumbraban la llegada de una futura tormenta. Parecía una pintura al óleo, pulcramente pintada y llena de matices surrealistas. Esa tarde gris de noviembre, los tres hermanos se disponían a dar sepultura a su padre.

Rodeaban el féretro de don Damián, antiguo y respetado edil del pueblo. Sin embargo, allí solo estaba su familia más allegada.

El ataúd, de madera brillante y oscura, estaba dispuesto a ser enterrado frente a la fosa. El sepulturero instó a los acompañantes si deseaban dar el último adiós al finado.

Teresa, la hermana mayor, que había heredado la elegancia y la estatura de su padre, asintió compungida aproximándose a la ventanita que destacaba sobre la tapa de la caja. Al asomarse y ver el interior dio un respingo, sobresaltada.

- ¿Qué te sucede, Teresa? – le preguntó su hermano Ernesto sujetándola por los hombros.

La mujer no contestó. Miraba con lágrimas en los ojos el cuerpo sin vida de su padre. En apariencia, el muerto descansaba en paz, pero había un matiz extraño y le hizo pensar

que algo no iba bien. Sobre el rostro grisáceo destacaba un insólito brillo surcando las profundas arrugas.

- Por Dios -exclamó Diego, el pequeño de la familia-. Está sudando.

Al principio, todos pensaron que era una ilusión, un truco de luz que formaba aquel espanto. No obstante, al acercarse vieron las pequeñas gotas de sudor que se deslizaban lentamente por la piel fría del difunto. El silencio se apoderó del lugar y el aire se volvió denso, pesado.

-Esto no es posible -murmuraba Teresa, sintiendo un escalofrío recorrer por su espalda.

Los hermanos se miraron compartiendo rostros inquietos. Entonces recordaron la vieja leyenda que contaban sus abuelos y demás antepasados. Una maldición decía que si un muerto sudaba en su ataúd, era porque aún tenían un vínculo con el mundo de los vivos; y todo aquel que se atreviera a limpiarle el sudor sería el siguiente a disponerse a morir.

-No puede ser verdad- decía Ernesto, tratando de ser valiente, pero el tono de su voz traicionaba su miedo.

El temor comenzó a crecer ante ellos. Nadie se atrevía a acercarse más.

-Alguien tiene que hacerlo. No podemos dejarlo así - explicaba Teresa armándose de valor-. ¡Y si realmente estuviera vivo!

-No lo hagas -le rogó Carlos-. Acuérdate de la maldición de la familia.

Ella tomó un pañuelo de su bolsillo y, con manos temblorosas, abrió la tapa del féretro y lo fue acercando a la frente de su padre. Cada paso que daba hacia el interior del ataúd parecía un desafío contra la propia muerte.

Justo antes de que el pañuelo tocara la piel fría de don Damián, el cuerpo pareció estremecerse ligeramente, como si estuviera a punto de despertar. Pero Teresa no podía dejar a su padre en ese estado. Con un último suspiro, limpió el sudor de la frente de forma que su piel grisácea recuperaba su estado inicial. En ese momento, el aire alrededor del cementerio pareció volverse más frío, y un silencio sepulcral caía sobre todos como una losa.

Durante unos segundos, nada sucedió. Teresa cerró la tapa con sumo cuidado mientras le lanzaba un beso en el aire a su difunto padre. Los demás hermanos suspiraron aliviados. Quizás solo era una vieja leyenda después de todo. El enterrador procedió con diligencia, entre sollozos, a dar sepultura a don Damián. La familia estuvo velando la tumba unos instantes al tiempo que la tarde iba quedando invadida por las sombras de la oscuridad.

Esa misma noche, mientras dormía en su casa, Teresa tuvo un extraño sueño. Caminaba por el cementerio, pero esta vez estaba sola. La niebla lo cubría todo, y en el aire flotaba un susurro apenas audible, como un lamento lejano y siniestro.



Al llegar a la tumba de su padre, vio que estaba abierta. Su corazón latía con fuerza mientras se aproximaba. Al mirar la fosa descubrió en el interior del ataúd que el cuerpo de don Damián ya no descansaba en paz.

Sus ojos estaban abiertos y en su rostro había una expresión de angustia, como si pretendiera decirle algo.

De repente, sintió una mano gélida sobre su hombro. Se giró rápidamente, pero no había nadie a su lado. Lanzó un grito desgarrador que inundó todos los rincones de la casa. El sudor recorría su propia frente y un escalofrío inmenso surcaba por la espalda. Despertó alarmada, con el presentimiento de haber estado en presencia de algo oscuro y maldito que le perseguía sin descanso.

En los días que siguieron, Teresa comenzó a enfermar, atrapada por continuas pesadillas. Una fiebre alta la consumía y muy a menudo despertaba todas las noches empapada en sudor, convencida de que su padre la observaba desde algún rincón oscuro de la habitación.

Su salud se deterioró rápidamente, a pesar de los esfuerzos de los médicos para atajar su mal, no pudieron encontrar la causa de su enfermedad. No dormía, ni se alimentaba bien, su esbelta figura, se convertía en una caricatura encorvada y daba espanto mirarla.

Sus dos hermanos abrumados sentían que la desgracia perseguía a la familia. Tras numerosas visitas a la casa, se sintieron desolados, solo podían aceptar el horrible destino.

Pocos meses después del entierro de don Damián, la familia se reunió nuevamente en el mismo cementerio. Esta

vez era para despedir a Teresa que por fin podría descansar junto a su padre.

Mientras bajaban el ataúd a la fosa, Ernesto y Carlos no pudieron evitar recordar la maldición que había caído sobre ella.

Ninguno de ellos se atrevió a observar por la ventanita de la caja. Se devolvían la mirada con rostros achantados.

Nadie quiso comprobar si el sudor del fallecido aún seguía allí, porque seguramente quien lo limpiara sería el siguiente en partir hacia el más allá y la maldición continuaría....

Rufino García Tejón

YA NO LLORA LA DEHESA (CUANDO CORRE EL ROBLEDILLO)

Ya no llora la dehesa
por tanta sed que tenía,
y hasta la encina volvió
el ave que en ella anida.

El agua corre en Mariaño,
Y también en Vistahermosa,
va llenando su pilar
de forma alegre y graciosa.

El agua parece jugar
a ese corre que te pillo,
para llegar hasta el cauce
del Arroyo Robledillo.

El agua brilla en los campos
de la bella Extremadura,
haciendo pasado el recuerdo
que en nuestra mente perdura.

Recuerdos de una sequía
con el campo agonizante,
olivo y viña sedientos
en una espera constante.

Ya verdea La Cortapisa
y los pinos de la sierra,
en este Blanco Piropo
que es orgullo de esta tierra.

Pues el cielo ya colmó,
tanto anhelo y esperanza,
el ver llover era ya,
una remota añoranza.

Juan Cano Rico (El Canchollo). 14/3/2025.



MOMENTA VINI

Otra vez la dichosa morriña. Otra vez asomado a la ventana de este maldito bloque de pisos. Y ni siquiera es Otoño "con sus nubes vagando por el cielo, o su lluvia repicando en el cristal de esta vieja ventana". No sé qué me pasa. Estoy triste, o melancólico y no sé el por qué. Sujeto bien mi copa de vino y me digo que la vida no me va tan mal comparado a como se encuentran ahora mis sentimientos. No encuentro la explicación a este querer "estar mal" sin necesidad, sin causa. Pero no hace mucho tiempo que me vengo sintiendo igual. La verdad es que empezó ayer y parece que, como ayer, hoy tampoco me encuentro bien en ningún sitio, siento que ya no pertenezco a ningún lugar, o por lo menos no a este lugar. Pero no sé lo que quiero. No es que me sienta siempre así, pero tal vez sea el atardecer de hoy o el atardecer de mi vida.

Siempre he sido una persona que se ha amoldado a las circunstancias y a los avatares de la vida. Me marché muy joven de mi pueblo e hice mi vida y formé mi familia fuera de Los Santos de Maimona. Nunca culpé a nadie de mi salida del pueblo, pude hacer mi vida allí, pero decidí buscarla en otros horizontes. Pero qué importa eso ahora. Cualquiera diría que tengo una depresión. Y no, no tengo que culparme por mis decisiones. Tomé mi camino, el que yo decidí y no tengo ni puedo de qué arrepentirme. ¡¡Bah, la crisis de los cuarenta!! Pero treinta años después de los cuarenta.



Y entonces ¿Qué demonios me está pasando hoy? Por qué me empeño en pasarme la tarde mirando por la ventana y rememorando mi niñez en Los Santos. A qué viene que recuerde cuando de niño, junto a toda mi familia, padres, tíos, primos... íbamos con el abuelo Julián a vendimiar. O las correrías por los campos camino del Rincón para bañarnos en la alberca de la huerta del tío Eusebio. O subiendo a la sierra Pelona para jugar en aquellas oquedades que a nosotros nos parecían cuevas que llegaban hasta el centro de la Tierra.

Bueno, ya está bien, ¿Qué hora es? Son ya casi las 8, pronto empezará a anochecer y no quiero que cuando vuelva mi familia me vean así, hablando solo; van a creer que estoy para que me encierren; aunque el hablar solo no es por sí del todo malo, me consuelo pensando en los versos de Antonio Machado, "Converso con el hombre que siempre va conmigo, quién habla solo espera hablar a Dios un día".

Me levanto otra vez, paseo de nuevo por la casa y de nuevo miro la foto enmarcada de la Virgen de la Estrella. Vuelvo a sentarme en mi sillón de "pensar" y tomo en mi mano la copa de vino. Hoy lo estoy tomando blanco. Necesitaba la alegría de su blancura en mi ánimo decaído. Y como tampoco quiero mirar más por el hueco de la ventana, me fijo en el vino de mi copa. Es tan luminoso como la cara recién lavada de una mujer extremeña. Tiene unos tonos brillantes como los ojos de mi mujer cuando me dice sin palabras, "te quiero". Lo huelo, me recuerda a las juncias que encuadran los regajos, a los hinojos y a las moras, a los melocotones y a los olivares en su tiempo de recolección; sí, y me recuerda también a los olores encerrados en la mina antigua, a las piedras de la cantera y... a tantos otros aromas más de mi tierra que me parece estar dando un paseo por La Nava, por la Sierra de los Olivos o por entre las huertas camino de San Jorge o de la Fuente.

Tomo un sorbo y se me viene a la memoria ese primer beso de niño-joven, casi robado, que le di a mi niña-joven en la esquina de una calle de Los Santos en una tarde de Jueves Santo mientras esperábamos la procesión.

¡Ojú!, vaya tarde que llevo. Tendré morriña de Los Santos. Me serviré otra copa y terminaré la botella que empecé ayer, así estaré más alegre para cuando venga la familia.

Al servirme el vino miro la botella. ¡Vaya! Es vino de Los Santos, y de la variedad EVA-BEBA. Mi cara sonrío y me digo: ¡Pues mira qué alegría; no tengo ni depresión ni ninguna crisis existencial! Solo ha sido la conversación entre paisanos que durante dos días han hablado de lo que verdaderamente les interesa; de su tierra, de sus gentes... Sí, solo son los buenos recuerdos que me ha traído una copa de vino; en fin, solo ha sido la dulce conversación con un amigo que como yo nació y se crió en Los Santos de Maimona, aunque ahora, también como yo, viva en Sevilla.

Ángel Moreno Serrano

LETRILLAS SIN ACRITUD

Cuando comenzamos curso y vemos actividades
Escuchamos a los socios para saber su opinión
¡Queremos todos viajar! ¡Vamos todos de excursión!
Y preguntan qué organiza, ésta, nuestra asociación
Nos gusta ir de Museos, pueblos y también ciudades
Nos gustan los yacimientos y también las catedrales
¡Ea! Ponte a preparar, llama primero al del bus,
Contratamos el pequeño...poquitos y con glamur
A ver...visita guiada, así te enteras del cuento
No sea que luego nos digan, que escatimamos en precio
¿Y comemos de menú? ¿O nos buscamos la vida?
Vamos a mirar los precios y qué nos dan de comida
Si vamos en convivencia, mejor juntitos comemos
Así comentamos todos y mejor nos conocemos
Ya va subiendo la cuenta, espera...sigue mirando
Vuelve a llamar, no te canses, igual los hay más baratos
¿Tenemos todo? Repasa... ¿Has quedado con los guías?
Ya está todo preparado, redes y cartelería
Animemos a los socios y también la Directiva
Creemos que gustará, este viaje es bonito
Al menos los que organizan, le ponen mucho cariño
Y avisamos...y ponemos...y llamamos,
Y decimos...¡está abierta a todo el pueblo!
Y van pasando los días y vemos que llega el plazo
La gente no tiene ganas, hay ocho o nueve, si acaso.
Así que, igual que organizas, vamos desorganizando
Otro año intentaremos a ver si tenemos suerte
¡Alguna vez acertaremos con lo que quiere la gente!

Águeda Vázquez

Exordio

Ángel Bernal Estévez

pág. 7

Juanito y la bici de Joselón

Juan Cano Rico

pág. 11

Quiero volar

Ana Montaña

pág. 15

Un cuento para Estrella

Ángel Moreno Serrano

pág. 17

Espuma Espumita

María Llerena Llerena

pág. 23

***Fábula de la megaciudad y del árbol que
estaba solo (Distopía vegetal)***

Juanfran Fernández Pérez

pág. 29

Los pretéritos imperfectos

Joaquín Ortiz Ortiz

pág. 33

Mi Semana Santa en Los Santos

Lucio Poves Verde

pág. 39

Tierra dura

Virgilio Ramos Muñiz

pág. 49

El progreso en Los Santos

Jacobo Molina Carvajal

pág. 51

La oveja negra (fábula de un tiempo antiguo)

Juanfran Fernández Pérez

pág. 57

La maldición

Rufino García Tejón

pág. 61

Ya no llora la dehesa (cuando corre el Robledillo)

Juan Cano Rico

pág. 67

Momenta vini

Ángel Moreno Serrano

pág. 71

Letrillas sin acritud

Águeda Vázquez

pág. 75

ahcm

asociación
histórico - cultural
maimona



Ayuntamiento de
Los Santos de
Maimona

Actividad acogida al plan de ayudas a Asociaciones locales